

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

EL PARAISO.

*Plantavit Deus paradisi-
sum voluptatis á principio:
in quo posuit hominem quem
formaverat.*

GEN. II. 8.

Y habia plantado el Señor un paraíso de deleite desde el principio: en el que puso al hombre que habia formado.

Moisés, el biógrafo del hombre, el inspirado cronista de las obras de Dios refiere que el Señor Dios, que antes de la creación del primer hombre habia plantado un paraíso de deleite en donde una tierra virgen y fecunda prodigaba sus dones y ostentaba sus bellezas, á saber; recreaba la vista con sus encantos, enagenaba los sentidos con sus armonías, y regalaba el apetito con sus delicados y sabrosos frutos. Y el Señor Dios hizo manar una fuente de la

cual salian cuatro rios que regaban el paraíso y arrastraban en sus apacibles ondas el oro mezclado con las piedras preciosas. *Plantavit Dominus Deus paradisi-
sum voluptatis á principio.*

En este paraíso colocó el Señor al hombre que habia formado para que gozase las delicias y saborease los frutos de este lugar amenísimo, imagen del cielo y representación de los goces eternos. Aquí es donde formó el Señor de la costilla de Adán á Eva virgen, porque no era bueno que el hombre careciese de compañera. *In quo posuit hominem quem formaverat.*

El Señor Dios creó un mundo nuevo, el mundo sobrenatural de las almas y formó un nuevo Adán, el Verbo encarnado, pero antes preparó y plantó un paraíso vi-
viente donde se hizo hombre,

«santuario lleno de misterio y de gracia donde se celebraron las bodas inefables de la naturaleza humana y de la naturaleza divina.»

Este jardín delicioso es María, y yo vengo á introducirlos en este paraíso virginal cerrado á la culpa para que aspireis con delicia el perfume de sus flores y alimenteis vuestra alma con el sabroso manjar de sus frutos.

El Señor Dios plantó en medio de la tierra el paraíso viviente que destinaba para morada de su Hijo, y así como en el paraíso terrenal diversidad de árboles, cuyo fruto era hermoso á la vista y suave al paladar (1), en María contemplamos diversidad admirable de virtudes y perfecciones que rodean la vista y convidan á la imitación, á saber; el ciprés de la buena fama, el cedro de la contemplación, la palma de la victoria, la oliva de la fecundidad y de la misericordia, el lirio de la virginidad, el plátano de la fe, la rosa de la caridad, la violeta de la humildad, la mirra de la mortificación, el incienso de la oración.

En medio del paraíso terrenal se elevaba el árbol de la vida,

símbolo de Jesucristo clavado en el árbol de la Cruz cuyas hojas curan á los enfermos, cuyo perfume consuela á los afligidos, cuya virtud resucita los muertos, cuyo sabor dulcifica á los iracundos, cuya sombra refrigera á los miserables, cuyo fruto alimenta á los sedientos, cuya belleza encanta á los hombres, cuya vista alegra á los ángeles. Y este árbol que cobija á las águilas de la inteligencia bajo su frondoso ramaje, que sana todas las dolencias morales y sociales con su virtud maravillosa, que alimenta, vigoriza y conserva la vida de los mortales nació de la tierra virginal que es María, se alimentó del purísimo néctar de sus pechos, creció en sus brazos maternales, se elevó gallardo y lozano y dió frutos de vida eterna. Bendito es este fruto del vientre de María (1), pan vivo descendido del cielo, divino manjar de las almas. No comais el fruto de la ciencia del bien y del mal porque os dará la muerte. La serpiente del racionalismo os tentará de mil modos para que gustéis el fruto prohibido, pero rechazad con firmeza su tentación. *De ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas* (2). En cualquiera

(1) Gen. II.

(1) Luc. 1.

(2) Gen. II.

hora que comais el fruto envenenado de la ciencia moderna, morireis de muerte, perdereis la fé, la amistad de Dios, la paz de vuestra conciencia, y el derecho que teneis como hijos á la rica herencia de vuestro Padre que está en los cielos. Buscad el fruto bendito, Jesucristo, verdad eterna, y vida de vuestras almas en el Paraiso del Dios vivo, Maria Virgen, porque este fruto peregrino da vista á los ciegos, vida á los muertos, salud á los pecadores, y aumento de gracia á los justos.

Buscad en este paraiso las flores de las virtudes que os faltan, y plantadlas en vuestro corazon para que semeje un paraiso viviente donde el Señor ponga sus ojos y derrame el fresco rocío de sus gracias. *Paradisus quasi parans Dei visum.*

En este jardin, el mas bello de los jardines vivientes, en el corazon de Maria todas las flores germinaron á la vez, se entreabrieron y enviaron al cielo sus perfumes. Penetrad con los ojos del espiritu en este delicioso Paraiso, y contemplareis la flor de la fé constante y firme, la flor de la esperanza que apoyada en las promesas de Dios resiste valerosas las pruebas y se corona con la diadema del martirio al pié de

la Cruz; la flor de la caridad que hace de Maria una Madre tierna para su amado celestial y un refugio seguro para los hombres; la flor de la prudencia que se turba, sí, ante la visita de un ángel, pero que no acepta sin consejo las gloriosas proposiciones que se le hacen en nombre de Dios; la flor de la justicia que exhala sus perfumes en la oracion, se doblega ante los decretos de la divina Providencia, rinde su voluntad á la voluntad del Señor, y prosterada en humildísima adoracion, exclama: *Hé aquí la esclava del Señor.* Hágase su voluntad soberana; la flor de la fortaleza que se ensaya en la sombra para los combates de la adversidad; la fortaleza magnánima é invencible que resplandece al pié de la Cruz, que hace de una tímida Virgen la mujer heroica descrita por Salomon, de una delicada doncella la Reina de los mártires, del corazon de la mas tierna de las madres el ara donde será ofrecido á Dios y sacrificado por la redencion de los hombres el mas bello y amado de los hijos.

Buscad la humildad, la pureza, la modestia, la bondad, el amor, la misericordia, todas las flores que embellecen el alma y nos hacen felices, y cada flor que es una virtud, ostentará su propia belle-

za y os atraerá con sus naturales perfumes. ¡Oh! Dichosos los que penetran por la devoción en este místico jardín, y se dejan conducir por la gracia del divino jardinero, el Espíritu Santo! Porque está escrito (1) que el Señor de los cielos le dará á comer el fruto del árbol que está en medio del Paraíso celestial, Jesucristo Señor y Dueño de la gloria que redimió con su sacrificio al hombre esclavo, que limpió con su sangre su alma deformada por la culpa, que envía la lluvia de su gracia sobre el campo del justo y del pecador, que cultiva con sus preceptos la tierra estéril de nuestros corazones, y los riega con sus gracias para hacernos aquí participantes de sus méritos y perfecciones, y franquearnos cuando sea tiempo, las puertas de su gloria.

Z. M.

Bien venido.

Hemos recibido *El Boletín Dominical* que se publica en Génova bajo la dirección de M. E. Deluz, Secretario del Comité cuyos trabajos para la observancia del Domingo son bien conocidos en

las naciones católicas que han entrado en la Federación internacional para restaurar la obediencia á la ley de Dios y el descanso de los días festivos.

Leemos con mucho gusto las noticias y saboreamos con delicia los artículos del *Bulletin Dominical publié par la Section suisse de la Federation internationale pour l'observation du Dimanche*.

Pero no podemos contemplar sin honda pena la escandalosa violación de los días festivos en nuestra infortunada patria, á la par que la indiferencia de los católicos en un asunto de tamaña importancia para los intereses sociales y católicos, y especialmente para la salvación de las almas.

VARIEDADES Y NOTICIAS

Un encargo.

—
«¿Quién va á París sin despedirse siquiera de las personas de su afecto?» Aunque distraído y mundano, el joven que así pensaba, era bastante bien educado para olvidar los deberes sociales, y hecho un paquete emprendió su peregrinación recorriendo las casas de todas sus relaciones. De éstas era la señora de B.... amiga de su familia y tan ilustre como piadosa.

—Vengo á ponerme á sus órdenes....

Que lleve V. buen viaje.

—Muchas gracias. Y á preguntarle

(1) Apoc. II.

qué es lo que tiene que mandar para París.....

—Nada... es decir... una niñería.

—Dicen que en las cosas menudas se conoce mas el afecto.

—Si no ha de servirle de molestia....

—Y aunque me sirviera. Lo que nada cuesta nada vale.

—Es una impertinencia; no me atrevo....

—Señora, si duda V. de mi discrecion.....

—No se trata de eso. Vamos, lo diré. Que rece V. por mi una *Ave Maria* á la Virgen de las Victorias en su Iglesia.

—¿Nada mas que eso?

—Nada mas.

—¿Y eso le daba á V. cortedad?

—¡Ya se ve! ¡Como V. vive ocupadi simo en cosas tan trascendentales!

El caballero, que estaba alejado de la Iglesia, prometió bajo palabra de honor. Fué á la gran ciudad y permaneció mucho tiempo sin cumplir el encargo. Recordábalo, sin embargo, cada vez que escribía á su familia, avergonzándose de no poder emplear la consabida fórmula de «mis respetos á la señora de Tal y que ya tuve el gusto de cumplir su encarguito.»

La víspera de volver á su provincia sintióse incapaz, como buen caballero, de faltar á su honrada palabra y de mentir como un villano por una *Ave Maria*. Encaminóse, pues, denodadamente á la Iglesia, no sin cierto fastidio y repugnancia.

Arrodillado en una silla, hallábase buscando en su memoria aquellas palabras que aun no habia dicho desde su

infancia, cuando al pronunciarlas sintió en el corazon un movimiento tan hondo, que las lágrimas acudieron á sus ojos.

El anciano Cura de la iglesia, que estaba acostumbrado á semejantes espectáculos y que pasaba cabalmente junto á él, le dijo al oido estas palabras:

—Caballero, no resista usted á la voz de su Madre celestial, y la otra madre se lo agradecerá.

—¿La conoce usted, señor Cura?

—No, señor, pero la adivino.

—El diálogo acabó en el confesonario, y aunque el jóven tenia dispuesto el viaje para aquella tarde, lo aplazó algunas horas para tener la dicha de comulgar en el altar de la Virgen Santísima.

—¿Y mi encargo?—preguntó, apenas llegó el jóven, la dama provinciana, en tono de amable reconvenccion.

—La Virgen Santísima me ha dicho que una *Ave Maria* era demasiado poco, y me ha pedido que comulgara por usted, como lo hice ayer, en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

—¡No cabe mas amabilidad!

—Ni mejor fortuna para mí.

El hecho es histórico, tal como lo ha contado el Sr. Lesgenettes, Cura de la iglesia en cuestion.

EL VALOR.

—¡No, señor, no conozco el miedo!

—Pues ¿quién es usted?—repuso el militar.

—Simplemente un buen cristiano, y desde que lucho lealmente por serlo, nada me infunde temor, cuanto mas teniendo la conciencia sosegada.

—Compadre, ¡qué flemma!

—Si el riesgo es extraordinario y la inquietud asoma, un momento de reflexión la disipa sin falta. El Dios á quien adoro es omnipotente, la muerte le está sujeta, y no hubiera yo podido llegar hasta el actual momento si la Providencia divina no me hubiera guardado la vida, mediante una cadena maravillosa de milagros.

—Eso es fatalismo puro. Lo mismo dicen los mahometanos.

—Con la diferencia de que los mahometanos obedecen á un destino estúpido y ciego, y nosotros los cristianos creemos en un Dios soberanamente bueno y sabio. Una pregunta, señor oficial.

—Diga usted.

—¿Qué es el valor?

—El valor..... el valor..... Yo no atinaré á definirlo en una palabra ni en una frase, pero he conocido á muchos valientes y presenciado muchos actos de valor.

—Tanto mas fácil le será pues.....

—El valor es..... la fuerza, es la ambición, es la cólera, es la brutalidad, es á veces el aguardiente, es la vanidad; es la desesperación, es el mismo miedo y es tambien..... el valor mismo.

—De manera que á un hombre que no afronta el peligro por inclinación natural, pero que una vez puesto en él no huye y cumple como bueno, confiado en que Dios ha de defenderle y servirle de escudo, á ese hombre que no necesita ni de la ambición, ni de la vanidad, ni de la ira, ni de la embriaguez para portarse bizarramente, ¿le reputaría usted por valiente?

—Sin duda.

—Y ¿qué seria si ese hombre, en lugar de limitarse á no buscar el peligro, fuese á su encuentro por obediencia y en cumplimiento de un deber?

—¡Valentísimo!

—¿Y si una vez cumplido tan difícil deber, mi hombre supiese hallar consuelo en la derrota, soportar tranquilamente su afrenta y su desgracia, y alegando que Dios lo ha querido así y que es infinitamente justo, acabase bendiciendo la santísima voluntad de Dios?

—Ese seria valor de primera clase, valor admirable, verdadero valor.

—¿Y conoce usted, señor oficial, muchos hombres que tengan ese valor?

—No; francamente.

—Pues bien: yo le aseguro á usted que de cada diez católicos, hombres ó mujeres, hallará usted por lo menos nueve que poseen este último valor, pero á condición que los vaya usted á elegir entre los que no se desdeñan de rezar *Padrenuestros* y son fieles á sus deberes de cristianos.

El diálogo anterior es histórico. Los interlocutores eran un oficial del ejército francés y el eminente escritor Luis Venillot, que aseguraba que un militar buen cristiano le parecia una de las formas ideales de la majestad humana.

— — —

La congregación de la propagando ha recibido una limosna de 500.000 francos, que con destino á las misiones habia dejado en su testamento el Cardenal Ferreir.

— — —

En breve se establecerán en la Diócesis

de Córdoba dos Congregaciones religiosas; una de Trapenses, dedicada á la vida contemplativa y á trabajos agrícolas, que se establecerá en terrenos inmediatos á la colonia de Santa Isabel, y otra del Orden de Predicadores, que se instalará en Scala Coeli ó en el ex-convento de San Pablo.

En estos últimos dias ha tenido lugar en Inca la solemne y consoladora ceremonia de abjurar sus errores protestantes y hacer pública profesion de fé católica, el pastor de la llamada capilla protestante de aquella ciudad D. Juan Magriña y Vives y su esposa doña Teresa Roigy Dolz, á presencia de todo el clero de la Iglesia de Palma, y de un numero concuro de fieles que llenaban las espaciosas naves de aquel templo.

Se han presupuestado ya las cantidades necesarias y en breve comenzarán las obras de reparacion de la Colegiata de Santa María la Mayor de Brivesca, cuyas torres amenazan ruina y que por su mérito arqueológico reclaman su conservacion.

El Gobierno italiano ha contestado á los representantes de naciones católicas, ó que tienen súbditos católicos, que todos los objetos ó cajas con allos destinados á la exposicion del Vaticano, serán admitidos en Italia con exencion de derechos de Aduana.

Mister Musgrave, sábio inglés, ha abrazado la religion católica en Orleans, despues de abjurar la protestante, en que

habia sido educado. La causa visible de su conversion parece ha sido el escuchar la palabra divina y asistir á la adoracion del Santísimo Sacramento.

De una carta de M. Sauret, Misionero en el Japon, tomamos los siguientes datos:

«El budismo declina de dia en dia, y mucho le costará recuperar su antiguo esplendor. Los bonzos hacen grandes esfuerzos por sostenerse; pero no conservan ya mas que una sombra de autoridad. Deliberan en la actualidad sobre si no seria mejor para ellos cambiar sus trajes y vestirse á la europea. Esta es ya una prueba de que son despreciados. Si se visten á la europea, todo el mundo se burlará de ellos y tendrán que ir á otra parte á hacer fortuna.

»El Estado declaró hace dos años que se separaba de toda religion. Algunos periódicos dicen que el Gobierno piensa hacer del cristianismo la religion del Estado. Esto es todavia muy difícil.

»Los japoneses se hacen racionalistas y no se ocupan casi de religion: si nosotros, los católicos, estuviésemos solos en el Japon, la posicion seria magnífica; pero los japoneses, viendo que hay divisiones entre los católicos protestantes y rusos, se figuran que la religion cristiana es lo mismo que el budismo; es decir, que se halla dividida en multitud de sectas, entre las cuales es imposible buscar la verdad. Como son superficiales en todo lo que hacen, no se molestan en descubrir la verdad.»

El Shah de Persia ha manifestado á

sus súbditos el deseo de que no haya diferencia alguna entre los musulmanes y los cristianos con respecto á la libertad de accion y uso de las leyes de aquel país.

—=—

Leemos en la *Semana Religiosa* de Soissons:

«En una parroquia de esta Diócesis murió el año pasado un hombre en circunstancias ciertamente bien notables.

»Era un libre-pensador, cuyo ódio violento y encarnizado á la religion le hacia proferir horribles blasfemias contra las creencias y prácticas de la Iglesia. Solia decir:

—»No creo en Dios ni en el diablo, y no obstante todo me va bien.

»Gozaba en efecto una posicion muy desahogada, que se creara con su actividad é inteligencia.

»Todos los años, con escandalosa publicidad, se hacia servir una comida de carne el dia del Viernes Santo, y se proponia reiterar su sacrilegio, á cuyo efecto convidó á los compinches que debian acompañarle á la mesa.

»El Miércoles Santo compró las provisiones, y el mismo dia por la noche le dió un mal terrible en la garganta, del que falleció el Viernes Santo, á la hora en que debia celebrarse el sacrilego convite.

»No faltará quien exclame:—¡Casualidad!...! Pero muchos habrá que dirán:—¡De Dios no se hace mofa...!»

—=—

El Tribunal de Lucerna ha condenado á un particular á tres semanas de pri-

sion por haber blasfemado en una posada del Santo Nombre de Jesús.

—=—

—¿Por qué comeis de pescado?—decia en una mesa redonda un oficial de dragones á un sacerdote.

—Os contestaré cuando me digais por qué llevais pantalones encarnados.

—Porque así lo manda la Ordenanza.

—Pues porque así lo manda la Iglesia cómo yo de viernes,

—¿Pero acaso la carne no es tan buena los viernes como en los demás dias?

—Es verdad; pero yo pregunto á mi vez: ¿por qué poneis á veces á un soldado en el calabozo á pan y agua?

—Eso es un castigo.

—Pues para castigar nuestros malos instintos, la Iglesia nos manda que nos privemos de carne.

—Sea—dijo el militar;—pero no me podreis negar que el ayunar cuesta trabajo.

—Es posible; pero tambien es trabajoso el llevar el casco de acero que llevais.

—Sí, pero éste nos defiende la cabeza de los golpes del enemigo.

—Conforme: lo mismo que el ayuno es penoso, pero nos preserva de nuestros enemigos mortales, el demonio y la carne.

